

## >> Miradas bioéticas



### Entrevista a Diana Cohen Agrest: “La esencia misma de la Bioética obliga a replantearnos una y otra vez los valores en juego”

*Es Doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, Magíster de Bioética por la Monash University, Australia y ensayista. Más tarde, recibiría numerosas distinciones por su labor intelectual y social, entre otros, el Premio Konex de Platino en Ética. También recibió el Premio FUND TV, el Premio Lola Mora y el Premio Santa Clara de Asís por ¿Qué piensan los que no piensan como yo?, un programa basado en un libro con el mismo título. Este programa emitido en doce episodios por Canal Encuentro fue conducido y guionado por Diana. Recibió entre otros el Premio Nacional de Ensayo Psicológico otorgado por la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación y el Premio del diario La Nación a Contenidos educativos.*

**Muchas gracias por haber aceptado esta entrevista. Nos gustaría que nos cuente ¿cómo surgió su interés por la bioética?, desde sus inicios profesionales como docente e investigadora en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, hasta decidir realizar una maestría en Bioética por la Monash University de Australia.**

Asociación Civil

Como muchas de nuestras vocaciones, el interés por la bioética nació y germinó a lo largo de seis largos años durante los cuales presencié el deterioro cognitivo de mi madre y asistí a la larga agonía producida por el Alzheimer en una persona joven. En esa época, antes de los `90, prácticamente no se conocía esta enfermedad que no sólo ataca al paciente sino, sobre todo, a quienes lo rodean porque éstos padecen un cambio de vida por el cuidado que se le debe al ser querido. Volviéndonos a mi historia de vida, tras un tiempo, mi madre fue finalmente internada en un geriátrico. Cierta tarde fui a verla y no me reconoció: - “¿Quién es Diana? Yo no conozco a ninguna Diana”, apenas atinó a responder. Di media vuelta y me fui llorando. Fue en ese entonces que me pregunté cuál es el sentido de la mera vida biológica cuando ya no se es quien fue. Y también reflexioné sobre la capacidad de un ser humano de autodeterminarse, que a menudo es puesta en jaque por la enfermedad cuando ya es tarde. De allí nació uno de mis libros, *Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas*, editada por el Fondo de Cultura Económica. Paralelamente, recibía revistas académicas extranjeras, en uno de cuyos avisos descubrí la posibilidad de cursar una maestría en Bioética dirigida por el disruptivo Peter Singer en la Universidad de Monash, Australia. Todavía no existían los estudios en línea. Anecdóticamente, recuerdo que las dificultades del año previo al 2001 para pagar servicios en el extranjero me impidieron completar mi inscripción en la universidad australiana. Pese a esa deuda, una mañana recibí varias cajas enormes con todo el material de la maestría en unos cuadernos-libros. De ahí estudié y, correo electrónico mediante, enviaba el material que era devuelto corregido por correo postal. Hoy puede parecer anacrónico, pero tuvimos la fortuna de

ser una generación que vivió esa transición tecnológica que nos permitió asomarnos a un nuevo mundo que se amplía cada día más....

***Sabemos que es autora de numerosos artículos sobre temas de ética y filosofía, pero particularmente su libro “¿Qué piensan los que no piensan cómo yo?”, fue la base de un programa televisivo que le permitió realizar una tarea de difusión por la que ha recibido varios premios. ¿Qué le ha dejado la experiencia de sacar de la academia temas de ética y ponerlos al alcance del público en general?***

Fue una experiencia enriquecedora para mí y para el público que ya había comenzado en 1999 cuando envié una columna a un diario nacional argentino sobre la que en ese entonces incipiente experimentación con embriones, tema de mi tesis de la maestría australiana: si acotamos los debates académicos al lector especializado, terminamos siendo una especie de serpiente que se muerde la cola. Pero no llegamos a la ciudadanía, que es en última instancia, aquella que deberá optar por un tratamiento u otro, por una práctica invasiva o por otra que no lo sea tanto, entre tantas decisiones que se juegan en el ámbito de la bioética.

El libro original y sus sucesivas ediciones trataron temas acordes a la evolución de las problemáticas éticas debatidas en el foro público. Yo proponía una serie de razones a favor y en contra de una determinada práctica -el aborto, la eutanasia, entre tantos temas-, intentando que esas razones fueran lo más equilibradas posible en su número y potencia argumentativa. El propósito de dicho equilibrio fue que el lector pudiera decidir por sí mismo cuáles eran, fundándose en sus propios valores, las mejores razones. Y el éxito de la obra probó que no estábamos mal encaminados.

Cuando me invitaron a llevar el libro al formato de la pantalla chica, por supuesto me entusiasmó: un programa televisivo con paneles integrados por especialistas provenientes de miradas opuestas y hasta irreconciliables, presentados en episodios que se proyectarían en el Canal Encuentro, ofrecerían razones para la reflexión y el debate. Incidiría en la mesa familiar, en la mesa de amigos... La propuesta aspiraba a una genuina educación de la ciudadanía. Porque lo cierto es que quienes cuentan con un reservorio de argumentos que pueden ser intercambiados con sus pares, elevando el sentido crítico del público en general.

No resultó como pensaba. Porque la desventaja de volcar un libro a un programa televisivo radica en que mientras el autor posee un relativo control sobre los contenidos, el mismo autor pierde todo control cuando cambia el formato: una producción televisiva puede ser editada, filtrándose sesgos no deseados por el autor que, como especialista en el tema, entiende el riesgo de los sesgos a evitar. Por ejemplo, en el episodio que trataba los distintos modelos de familia, se entrevistó a una familia heterosexual con siete u ocho hijos y a una pareja gay con un niño. Obviamente, me preguntaba si no habían encontrado una familia de treintañeros con uno o dos niños, de manera tal que el programa no reprodujo el equilibrio que el libro había propuesto.

**En Latinoamérica muchas veces se asevera que existe una Bioética con características propias de la región. ¿Cuál es su posición?**

La Bioética como disciplina nació en los Estados Unidos que la trasmitió a los países anglófilos en sus primeros tiempos. Ese origen dio lugar a que se privilegiaran ciertos principios sustentados en valores, por ejemplo, la autonomía. A mi juicio, se trasladó dicho principio a una cultura como es la latina, donde dicho valor no contaba con la raigambre filosófica ni social que desde siempre tuvo en los países herederos de Bentham y Mill, quienes acuñaron el concepto en el sentido primordial en que se lo suele emplear en nuestra disciplina. Ese sentido que no es

el originario (cuando la autonomía se predicaba de las ciudad-Estado de la Grecia antigua) ni en su valioso sentido kantiano, asociado a la ley moral,

Ese traslado produjo una simplificación de lo que ya parecía un dogma. Por otro lado, pienso que las condiciones materiales de vida inciden en las prácticas de la bioética. No es lo mismo un programa de vacunación en un país del primer mundo que en un país pobre. Tampoco lo es el acceso a la salud.

Sin embargo, también pienso que la bioética trata de valores, y si bien éstos pueden encarnarse según las circunstancias en juego, poseen un sentido irreductible.

Pese a estas diferencias, no postulo una bioética latinoamericana como entidad desligada de su origen, en la medida en que la bioética trata problemas universales del cuidado del otro. No obstante, sí creo que las problemáticas deben ser enfocadas desde nuestras condiciones reales. Tal vez cegados por las grandes urbes, olvidamos que Latinoamérica es un continente pobre. Y que a menudo se implementan políticas públicas que poco o nada tienen que ver con las condiciones de vida de la mayoría de la población. Pensemos en nuestro país, donde un porcentaje significativo de los habitantes carecen de cloacas y, sin embargo, se financian tratamientos que ni siquiera financian los países ricos. Ahí nos interrogamos, ¿hasta dónde el Estado debe financiar determinadas prácticas? Es cierto que todos tenemos el derecho a procrear. Pero el adagio según el cual “donde hay una necesidad hay un derecho”, puede conducir a que una mujer posmenopáusica pretenda tener un hijo a través de tratamientos financiados con fondos públicos. O para la cobertura en el tratamiento hormonal para la reasignación de género basta solicitar el ingreso al Programa de Salud Integral Trans, donde el Estado cubrió durante mucho tiempo lo que ningún sistema de salud pública en otros países cubre.

### **En su opinión, ¿cuáles son los temas pendientes y las perspectivas de la bioética?**

Recordemos, por lo pronto, que la bioética nació con la invención de las unidades de terapia intensiva. Antes de esa innovación tecnológica, un ser humano habría muerto naturalmente. De allí en más, se inauguró la posibilidad de mantener con vida a un individuo conectado a distintos aparatos. Se plantearon entonces problemas prácticos que involucraban cuestiones de vida y muerte: ¿cuándo desconectar a una persona en estado vegetativo permanente? ¿Quién decide hacerlo? Y si nos atenemos al campo de la ética de la investigación inaugurada tras la difusión de los ensayos nazis en Nuremberg, surgieron otras tantas preguntas: ¿es ético el empleo de placebos? ¿Cuáles son las obligaciones de las farmacéuticas hacia las poblaciones vulnerables?, entre tantas otras.

Los problemas que dieron origen a la bioética continúan vigentes y suelen ser revisitados a la luz de las nuevas tecnologías. Por citar un caso entre tantos, la mayoría de las legislaciones del mundo y los protocolos médicos aceptan sin reservas el llamado “criterio de muerte cerebral”, inaugurado en 1978 por el Informe del Comité de Harvard sobre la muerte encefálica. En ese entonces, y mediante un giro conceptual, se buscó satisfacer la provisión de órganos para trasplante. ¿Es legítimo interrumpir el soporte vital de un paciente con muerte cerebral? Para muchos médicos y expertos en bioética, no hay ningún debate: un individuo a quien se le ha diagnosticado correctamente la “muerte cerebral”, ha muerto. Y a pesar de que aparente estar vivo, en realidad este individuo no es más que un cadáver. Pero estas afirmaciones ignoran la prolongada controversia –en el público y en la literatura profesional– sobre la determinación de la muerte: en concreto, si los individuos con diagnóstico de “muerte cerebral” deben ser

considerados muertos y, si es así, ¿en qué argumentos se basa esta determinación? De allí que esa cuestión nunca quedó definitivamente resuelta y, en los últimos años, varias voces comenzaron a alzarse en contra de dicho criterio. Expongo este ejemplo entre tantos otros posibles, porque la esencia misma de la Bioética obliga a replantearnos una y otra vez los valores en juego a medida que las técnicas se perfeccionan y eso da lugar a nuevas revisiones de dichos valores.

### **¿Desea agregar algo más?**

La bioética es una disciplina apasionante y creo que ocupa una de las dimensiones más significativas en la filosofía y en la medicina del siglo XXI. En la medida en que la ciencia avanza y sus avances son aplicados en la biotecnología dando ésta lugar a innovaciones impensadas, la humanidad debe responder qué hacer, esa vieja pregunta que se formulaba Kant en el siglo XVIII (“¿Qué puedo conocer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo esperar?). La bioética es apasionante porque debemos reflexionar en torno de los valores que se juegan en cada nueva biotecnología y aplicar esos valores en nuestras condiciones materiales y existenciales de vida. En un mundo tan imprevisible como es el que habitamos, no es poca cosa.

### **¿Cómo citar esta entrevista?**

Cohen Agrest, D. (2024, abril). Entrevista a Diana Cohen Agrest, Boletín Bioeticar Asociación Civil, vol. IV, N°10, abril 2024. ISSN 2953-3775 <https://www.bioeticar.com.ar/boletin10.html>